

integración económica

Por Gerardo Estrada

mismo año. Nuevamente registramos una tasa de crecimiento superior al 6% anual con la prosperidad de Estados Unidos de 1953 y 1954. Pero esta asociación, con la prosperidad, parece haber acabado a partir de 1955 en que la economía norteamericana ha mantenido una vigorosa prosperidad (con excepción de pequeños recesos), mientras la tasa de desarrollo de México es menor al 6%.

Como país dependiente, nuestro desarrollo se acelera o retrasa "de acuerdo con la política económica que Estados Unidos sigue frente al mundo y frente a nosotros", relacionándose lo anterior con dos variables que determinan la economía mexicana: las exportaciones y las inversiones extranjeras. Desde 1955 las primeras no juegan ya un papel tan dinámico en nuestro desarrollo, en tanto que el ritmo de importaciones se mantiene, aunque sea para sostener una tasa de desarrollo inferior al 6% anual. En cuanto a la inversión extranjera, Padilla Aragón afirma que significó hasta 1958 un impulso para la economía y la generación de ingresos internos. Pero en los últimos nueve años su carácter fluctuante y la descapitalización que representa la ha convertido en un obstáculo; el endeudamiento fuerte del país se inicia en 1955 alcanzando sus máximos en 1960 y 1961. Para 1964 el país debía alrededor de 1,300 millones de dólares, cifra superior en 200 millones al valor de las exportaciones de mercancías del mismo año.

Los últimos efectos depresivos en la economía mexicana se dejan sentir en las exportaciones y, principalmente, en la inversión privada. Afortunadamente la inversión gubernamental ha logrado neutralizar en parte el efecto negativo.

Como conclusiones generales, Padilla Aragón asienta que: 1o.] El desarrollo económico de México adolece a la fecha de graves deformaciones de tipo estructural, por falta de planeación económica, mostrando una seria disminución de la tasa de crecimiento de 1955 a 1965; 2o.] Si bien el desarrollo económico alcanza metas superiores, la distribución del ingreso se hace más desigual; 3o.] Se observa el fortalecimiento de monopolios, "creándose una poderosa oligarquía financiera que pone en peligro la estabilidad monetaria y controla para su exclusivo provecho las fuentes de financiamiento del desarrollo". 4o.] Nuestra economía padece la penetración de las inversiones extranjeras; 5o.] Un lento crecimiento del mercado interno, consecuencia palpable de la injusta distribución del ingreso, en contraste con el vigoroso crecimiento de la población.

Se hace entonces urgente —termina diciendo el distinguido investigador— poner en vigor la política fiscal y monetaria, de salarios, de precios y de comercio exterior que amplíen el mercado interno y abran nuevamente el camino del desarrollo.

Indiscutiblemente, uno de los temas más debatidos en las últimas fechas en relación a la América Latina, lo constituye la llamada integración económica de la región, organizada a través de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y del Mercado Común Centroamericano (MCCA). Jiménez Lazcano pretende en su trabajo examinar, mediante el origen y el desarrollo de la ALALC y el MCCA, valorar sus perspectivas dentro de los marcos actuales de su desarrollo. Inicia la obra con un análisis histórico que se remonta a la época prehispánica, en donde se señalan ya marcadas desigualdades sociales con la existencia de "un grupo dominante integrado por los nobles, supuestamente de origen divino, los guerreros y los sacerdotes... exento de la obligación de producir y (que) obtenía una alta proporción del producto total de la sociedad".

Por otra parte, y como un antecedente de los problemas a que se enfrentan hoy los integracionistas, se señala la desvinculación existente entre las grandes culturas indígenas que florecieron en el Continente, como un resultado de los obstáculos que la geografía de la región presenta.

La Conquista realiza el cambio violento de los modos indígenas de producción al modelo capitalista. Refuta el autor la idea de que España implantó en América un régimen de explotación feudal, y afirma que la conquista y la colonización se realizaron dentro del marco capitalista mercantil al que Europa Occidental ingresaba en el siglo XVI. España no sólo explotó al máximo los recursos de la región, creando para ello una economía hacia el exterior, que

se expresa en el sistema de comunicaciones establecido, sino que, además, en su afán de autoprotección impidió el desarrollo de industrias en las colonias.

Una vez que se logra la independencia de España, los Estados Unidos se lanzan sobre México e Inglaterra sobre los países sudamericanos. Posteriormente, con la Doctrina Monroe, los Estados Unidos han de convertirse en "protectores gratuitos" de las nuevas naciones latinoamericanas.

Las razones que movieron a buscar la integración de las economías latinoamericanas fueron, entre otras, la pequeñez de los mercados, la pobre producción industrial, la falta de ahorro, el deterioro de los términos de intercambio, la explosión demográfica, etc. A partir de esta situación, los gobiernos latinoamericanos, con la colaboración de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, elaboraron estudios tendientes a buscar el establecimiento de un Mercado Común Latinoamericano.

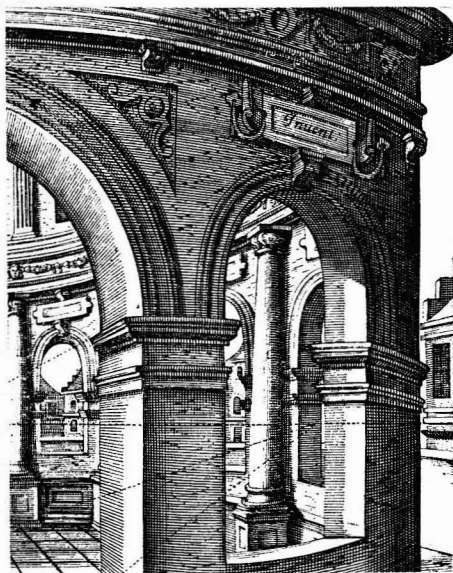
Jiménez Lazcano atribuye la desviación de los objetivos iniciales de la integración de América Latina a la intervención en ésta del imperialismo norteamericano, a través de algunos gobiernos sudamericanos y de organismos como la ALPRO y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Surge, pues, la necesidad de una reorientación de la Integración Económica Latinoamericana. Es necesario acudir al control de la inversión extranjera; que el desarrollo libre de las fuerzas del mercado beneficie exclusivamente, al concentrarse en ellas los recursos, a las regiones que ya ahora disfrutan de una situación superior, con el consiguiente abandono de las más necesitadas socialmente.

Nos parece que el autor ha dejado al margen de su estudio el papel de las burguesías nacionales. Si bien es cierto que hubo oposición por parte de los Estados Unidos al iniciarse las pláticas tendientes a llevar a efecto la zona del Mercado Común Latinoamericano, habría que analizar si aún en el principio la ALALC ofrecía verdaderas perspectivas de desarrollo para América Latina.

La exclusión de Cuba, a la cual el autor no hace referencia alguna, no sucedió precisamente cuando los Estados Unidos apoyaron definitivamente, de acuerdo con la versión del autor, el proyecto Integración Latinoamericana.

Aun en el supuesto de lograr la Integración sin la participación o el do-



minio de los Estados Unidos ¿sería válido suponer que la integración latinoamericana, dentro de la actual perspectiva política de nuestros países, beneficiaría a las mayorías populares?

Esta es una pregunta que no tiene respuesta dentro de la obra. Al hablar de una planificación económica que requiera “cambios profundos en las estructuras”, dichas reformas se quedan al nivel abstracto; expresión habitual de los especialistas de CEPAL.

Habría que analizar también la conciencia integracionista en los pueblos latinoamericanos. El chauvinismo nacionalista es un rasgo característico de varios países de la zona y, evidentemente,

constituye un obstáculo. Por otra parte, aunque las semejanzas entre nuestros países son muchas, también las diferencias son profundas.

El valor de la obra de Jiménez Lazcano radica en que hace hincapié en uno de los aspectos más importantes del proceso de integración: la intervención norteamericana. Lamentablemente, la parcialidad en el trato del problema limita los alcances de objetividad científica que habría podido contener el libro.

Mauro Jiménez Lazcano: *Integración económica e imperialismo*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1968. 163 pp.

pueblo en vilo

Por Rosa María Phillips

Pueblo en vilo o *Microhistoria de San José de Gracia* une al encanto de la vieja crónica el rigor de la historiografía moderna, para ejemplo de quienes no conciben la ciencia sin su ingrediente tradicional: el aburrimiento. Con agilidad y gracia, Luis González acomete su ensayo de historiografía parroquial, género desdeñado por los cosmólogos y demás gente afecta sólo a hacer las cosas “en grande”, en escala universal o, por lo menos, nacional.

San José de Gracia, pueblo “en vilo, en situación insegura, inestable, frágil, precaria, de quita y pon, prendida con alfileres, en tengueregue, en falso, sin apoyo en la tierra”, se menciona rara vez en los libros de historia y aparece muy tímidamente, casi como un borroncito, en los mapas geográficos, “en el cruce del paralelo 20 y del meridiano 103”.

En marzo de 1888, sobre una loma situada exactamente entre Jalisco y Michoacán, se fundó el pueblo de San José de Gracia, llamado así en honor del patriarca José. Habitaron el caserío, edificado a la buena de Dios, los pobladores de las localidades vecinas, entre los cuales destacaba el padre Othón, un cura de Sahuayo, lugar de “individualistas, igualados y agresivos” que “tienen también otra reprobada costumbre, y es poner apodos”. Entre 1891 y 1900, el villorrio se consolidó y tuvo templo, escuela, botica, panadería, mesón, y hasta un candidato a santo, cuyos éxtasis celestiales —que se produjeron después de una larga fiebre— fueron infortunadamente interrumpidos por una vulgar aguja de arria, esgrimida por el Caín de la comunidad.

Luis González reconoce su deuda con

Yáñez, Rulfo y Arreola, en la edificación histórica de su pueblo natal. Pues San José de Gracia, con sus “tierras flacas, vida lenta y población sin brillo”, con sus personajes que a fuer de reales resultan novelescos; con su “insignificancia histórica en toda su pureza” y con su “pequeñez típica”, ha puesto los pies en el suelo firme de la ficción. Los datos y cifras del investigador son únicamente su base oficial, su derecho a los manuales de historia y a los mapas de geografía. Las anécdotas, el humor y la verborrea del cronista le confieren su carácter humano, real, perdurable. San José de Gracia es ya un pueblo-personaje, una comunidad viva y dicharachera que ni un terremoto podría borrar del planeta. En su “nulidad inmaculada” está su prominencia, su identificación con los millones de nulidades locales que integran la nulidad universal. El autor fracasó en su microhistoria y el pueblo le fue creciendo entre las manos, hasta que la “historia universal de San José de Gracia” —como escribe por ahí con más fondo de verdad que zumba— terminó por ser una macrohistoria.

Nuestro temor por las fechas y datos concretos —trauma adquirido en la infancia, en la clase de historia— nos impide citar todo cuanto pueda convencer al lector de *Pueblo en vilo* de la existencia histórica de San José de Gracia; pero nuestra afición a las cosas divertidas nos obliga a reproducir lo que puede atraer a los frívolos y, por supuesto, a los turistas, o sea el panorama actual de San José.

“De 1957 para acá se advierte más actualidad, adaptabilidad, adorno, afeites, aislamiento, alcoholismo, alojamiento, ansiedad, autoridad, beso, burocracia, cáncer, capilaridad social, capital, ciclismo, cobardía, conciencia de clases, clase media, codicia, comodidad, compra-venta, concurso, competencia, competición social, contrabando, coquetería, crédito al consumo, compulsión, costura, chisme, danza, delgadez, deporte, desajuste, desigualdad, derroche, descaro, discriminación social, dispersión de posesiones, división del trabajo, dualismo ético, egoísmo, emigración definitiva, enemistad, envidia, erotismo, espectáculos, exhibicionismos, exogamia, faldas cortas, feminismo, fotografía, gruta, gas, hurto, hiperdulía, imitación, impaciencia, impuestos, injurias, libertad de amar, hablar y reunirse, lucha de clases, mendacidad, mendicidad, nacionalismo, necesidad, oferta de trabajo, opinión pública, ocio, oposición, parasitismo social, paro forzoso, pasatiempos, pauperización, peonaje, pesimismo, presión demográfica, política, propaganda, publicidad, sátira, secularización, simulación, soborno, ternura, transportes, turismo, utensilios, vagancia, vacunación, vehículos y vicios.”

Luis González: *Pueblo en vilo*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie I, 1968.

